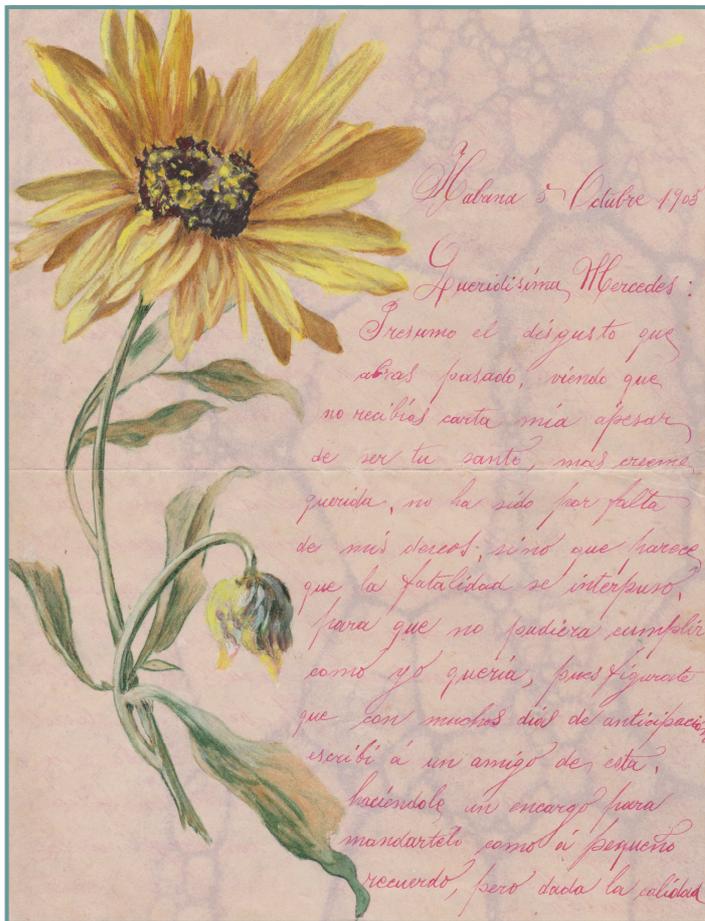


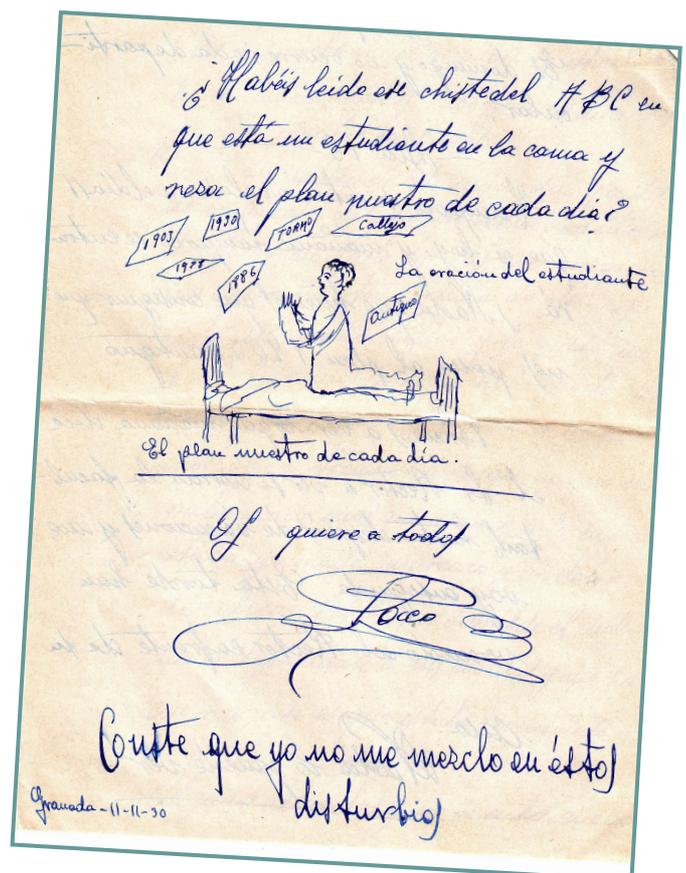
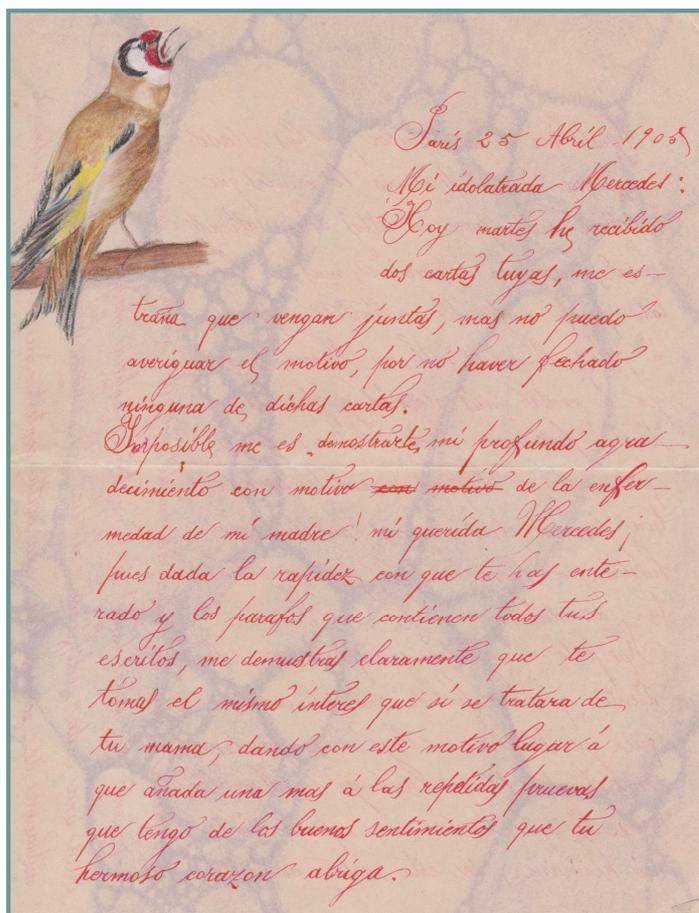


## Epístolas Ilustradas. Dibujos entre Palabras



“Un abrazo, he procurado animar la carta con dibujos.” Así le escribía Federico García Lorca a su amigo Jorge Guillén en una carta acompañada con dibujos y enviada en 1927. No solo fueron artistas o intelectuales aquellos que tuvieron el gusto de ilustrar sus cartas; en nuestro Museo de la Escritura Popular conservamos algunas epístolas que incorporan dibujos a las palabras. Estos les dan un valor añadido a las cartas para ser apreciadas y conservadas. Cartas vistas y leídas. Para Irene García Chacón “El dibujo es un regalo escondido en otro regalo.” El carácter afectivo e íntimo de una carta se refuerza aún más con los dibujos, ejemplo de ello, son estas dos preciosas epístolas que conservamos. Están fechadas en 1905, en La Habana y París. José Vila María, elige un bonito papel de carta y las embellece en su primera cara, dibujando y pintando a pastel, una flor y un jilguero. La destinataria es su amada, “Queridísima Mercedes: Presumo el disgusto que abras pasado viendo que no recibías carta mía a pesar de ser tu santo, mas creeme querida, no ha sido por falta de mis deseos, sino que parece que la fatalidad se interpuso para que no pudiera cumplir como yo quería, pues figurate que son muchos días de anticipación, escribí a un amigo de esta, haciéndole un encargo para mandartelo como si fueras recuerdo, pero dada la calidad

La tercera carta es del estudiante de farmacia Francisco Sánchez Yebra. La escribe desde Granada, a su madre y hermanas en Alhabia en 1930. En ella, les cuenta los tiempos revueltos que se viven en la Universidad. Aquí palabras y dibujo están realizados a pluma y tinta. Un dibujo humorístico y caricaturesco inspirado en un chiste copiado del ABC, acompaña a las palabras. El dibujo en este caso, si guarda correspondencia con el texto que lo cobija. “...Por la noche hubo reunión de estudiantes en la universidad y hubo grandes discursos y no se cuantas cosas mas. ¿Habéis leído ese chiste del ABC que está un estudiante en la cama y reza el plan nuestro de cada día.? Conste que yo no me mezclo en estos disturbios.”



## El Sangrador

Yo, Manuel de la Cruz, me presento ante Vuestras Señorías para hacer memoria de mis obras y de mis recuerdos. Desde aquí, apoyado en el alféizar de la ventana del Hospital y viendo el mar que siempre acompañó mis días, quiero decir que nací en 1848, al parecer en Almería, pues fue en el torno de su Casa de Expósitos donde me acogieron los primeros brazos de mujer, los de la hermana Elena, con su enorme y alado tocado blanco. Ella me contó que dijo: "Que niño más hermoso, para un mundo tan feo". La hermana tenía razón: la llegada de Manuel de la Cruz, como la de tantos otros, no permitía albergar grandes esperanzas.

Aquella mi primera noche había luna llena y el farol del patio no fue encendido: el enfermero, como en otras ocasiones, había recibido la orden del Administrador de ahorrar su aceite. Un grupo de soldados convalecientes, junto a la fuente del patio, se resistían a dormir aprovechando la refrescante brisa que llegaba del mar tan cercano.

El enfermero Rogelio desde el quicio de la puerta de la sala de San Rafael los vigilaba, no fueran a escaparse o a dar otra noche de coplas y guitarras. Al ver pasar a Sor Elena todos se acercaron a ver aquel niño envuelto en harapos.

Tras pasar mis primeros años con varias nodrizas, recién cumplidos los tres fui enviado al hospicio. El Hospicio y el Hospital de Almería fueron las murallas de mi vida. Mis días transcurrieron entre sus enfermerías y sus patios, de hospicio a practicante, pero siempre junto a los míos, los más humildes. Mis abuelos y hermanos fueron los viejos y niños del hospicio; mi madre, la Hermana Elena.

Poco a poco fui aprendiendo los secretos de la casa, las puertas y los corazones donde se podía entrar y ser bien recibido. A los 7 años ya había aprendido a vivir al lado de todos los mendigos, ciegos, inválidos, idiotas y niños abandonados de aquella mísera Almería. Como decía Jacinto, otro hospiciano, "aquí siempre tuvimos muchas legañas y pocos marqueses."

De aquellos primeros años aún recuerdo cómo nos llevaban a los niños a acompañar los entierros; el Hospicio recibía un donativo de la familia del finado por nuestra presencia. Con los trajes de calle y una vela en la mano, recorriamos las calles de Almería hasta el cementerio de San José, dando una mayor emotividad a la comitiva doliente. Al maestro del hospicio, Don Luis Salvador, no le gustaban mucho estas salidas y siempre que tenía que acompañarnos se quejaba: "¡Como si no tuviésemos suficientes penas y difuntos en nuestra propia casa!".

Otros días nos llevaban al Ayuntamiento para el sorteo de los quintos, a sacar las bolas del bombo. ¡En cada bola soñaba con el futuro de aquellos soldados, con ciudades lejanas! Serví también de maniquí improvisado para que los opositores a practicantes simularan en mí el ejercicio práctico. Vidal, que llegaría a ser más tarde compañero mío, hizo un vendaje sobre mi brazo, y otro simuló una sangría que por pocas me desmayo.

Tuvimos también, como todos los niños, risas y felicidad: tardes en los baños de mar del Recreo, frente al hospital; carreras jugando al boli junto a las murallas, o al juego de bochas en el corralón de la calle del Oso. Aquellas celebraciones del día de Santa María Magdalena, patrona del hospital, donde se tiraban truenos, se adornaba la casa con aneas y maestranzos y, sobre todo, comíamos aquel arroz con leche, tan esperado, que nos daban las monjas.

Pronto empezamos a ayudar en las faenas del Hospicio y del Hospital, acompañábamos a los enfermeros a hacer las compras, barriamos los patios o las enfermerías. A los más mayores y despiertos nos iban introduciendo en otros trabajos, como ayudar en la botica o acompañar a los enfermeros y practicantes en sus cuidados. Así aprendí mi oficio, viendo hacer sangrías o poner ventosas a los practicantes, ayudándoles en las curas, llevando la caja con las vendas, apósitos y ungüentos o la redoma con las sanguijuelas. Viendo anotar en los recetarios dietas y remedios. Lavando a los enfermos y ancianos

impedidos o ayudando a tomar un caldo a los más débiles.

Siempre cerca de la enfermedad y la muerte, no era raro acabar con piojos, una sarna o una tiña, o terminar los días en alguna de aquellas epidemias de cólera o viruela que asolaron la Almería del siglo pasado.

De aquel antiguo Hospital, recuerdo aquellas salas repletas de enfermos, algunos con los colchones por los suelos, cuando no, compartiendo una misma cama. El cuarto de éticos donde se aislaba a los tísicos.

El huerto del Hospital con la noria que llenaba las balsas donde se lavaba y tendía la ropa. La caja de Ánimas con la que se llevaba a los muertos a enterrar, muertos sin testamento, sin mortaja ni llantos. La tartana de Gaspar, el corsario que venía a recoger a los pobres locos o a los leprosos que se trasladaban a los hospitales de Granada; o la de Agustín, quien se encargaba de llevarlos a los baños de Sierra Alhama. No olvidaré los carretones llevándose a toda prisa a los muertos del cólera de aquel triste verano de 1885, o a aquellos soldados derrotados por las fiebres y la guerra que llegaron de Cuba.

Conservo también los olores del Hospital: el de la leche recién ordeñada en el llamado "patio de las cabras", el hedor que exhalaban las salas en las primeras horas de la mañana antes de vaciar los vasos inmundos, el olor del cloriformo o el aroma que dejaba la flor de Alucema cuando se quemaba para purificar el aire de las salas.

De mi vida también guardo voces, lamentos y sonidos. La campana del patio anunciando la hora de la comida o el comienzo de la visita del médico a las 7 de la mañana; los gritos de los locos encerrados en aquel cuartucho, las carcajadas de las prostitutas de la Sección de Higiene o aquellas palabras en latín con las que el capellán despedía a los moribundos. La sirena de los barcos frente al Hospital cargados de barriles de uva o de emigrantes para las Américas. Muchas veces pensé en seguir su camino, pero nunca pude dejar esta casa; hubiera sido traicionar a los míos.

Trabaje duro, como casi todos los hombres y mujeres de aquellos tiempos difíciles, jornadas interminables, largas noches de guardia. Del salario mejor ni hablar, años donde se juntaban ocho meses esperando cobrar, donde mi mujer recibía las quejas del tendero de tanto fiarle. Pero mal que bien, al final salimos adelante, en los pocos ratos que me dejaba el Hospital, visitaba a enfermos particulares, sacando muelas o haciendo sangrías. Tuvimos tres hijos, todos nos vivieron, cosa que en aquellos años era una gran fortuna. Fuimos felices.

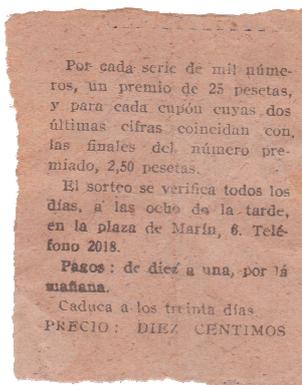
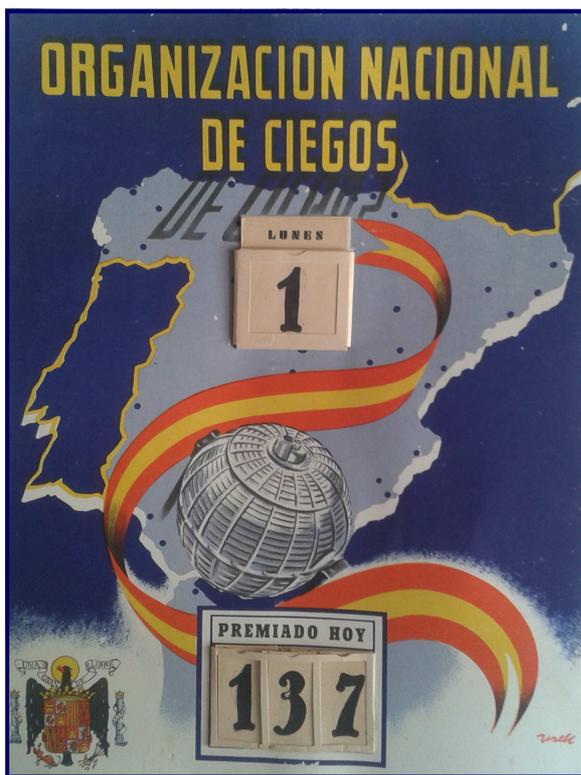
De los hombres y mujeres, recordaré a los más humildes y por tanto los más olvidados. A Nicolasa Perea, aquella vieja enfermera siempre cantando y remendando colchones y ropa en los corredores del patio. A Pepe Barea, sangrador del hospital y uno de los hombres de mejor corazón que he conocido, siempre decía cuando ponía las sanguijuelas sobre un enfermo "... que nos habrán visto estos bichos para mostrar este interés, pudiendo comer patatas en la tierra se pirran por chuparnos la sangre..." A Antonio Valverde, enano y compañero de Hospicio, al que Sor Elena apartó de burlas y humillaciones, haciéndolo el mancebo de la farmacia. Siempre trabajando, moliendo la quina para las calenturas o preparando la sal de higuera para las purgaciones, siempre alegre. A Luis Rebolledo aquel viejo del Hospicio contador de historias reales e inventadas, sueños, para aquellos niños sin pasado. A Juan Carretero aquel clérigo loco, sanador de leprosos, enviado por San Lázaro para recorrer las Cuevas de Almería, y que muchas veces llegaba escalabrado, corrido por las piedras de los niños.

Después de setenta años, he visto llegar y partir muchos hombres y barcos, he vivido con lo que a pesar de necesitar poco, nada tuvieron, he visto los ojos y las manos de los que mueren, los olvidados para la vida y para la muerte.

Relato inspirado y homenaje a los niños del Hospicio de Almería que llegaron a ser sangradores practicantes del Hospital Santa María Magdalena de Almería.

Texto de Alejandro Buendía Muñoz.

# Iguales para Hoy



La ONCE, Organización Nacional de Ciegos de España, nació el 13 de Diciembre de 1938, para dar cobijo y apoyo a todos los ciegos de España. El gobierno otorgaba para su sustento la explotación del denominado Cupón Prociegos. El primer sorteo se celebró el 8 de Mayo de 1939. En aquellos años, como vemos, los cupones solo tenían 3 cifras y los sorteos eran en cada provincia. Habría que esperar al 2 de Enero de 1984, para que se realizara un único sorteo nacional y los cupones tuvieran cuatro cifras.

Las continuas donaciones que reciben nuestros Museos, han permitido recuperar dos piezas únicas para la historia de la ONCE en Almería. Hace unos días llegó una donación de la familia Pérez Gallardo, de la calle Quemadero de Almería. Dentro de un libro religioso, junto a estampas y recordatorios apareció este cupón de la ONCE, de un sorteo de la Delegación Provincial de Almería del 2 de Diciembre de 1943. Podemos ver los detalles del sorteo en su reverso "Por cada serie de mil números, un premio de 25 pesetas, y por cada cupón cuyas dos últimas cifras coincidan con las finales del número premiado 2,50 pesetas. El sorteo se verificará todos los días, a las ocho de la tarde, en la Plaza Marín, 6. Teléfono 2018. Pagos: de diez a una, por la mañana. Caduca a los treinta días. Precio: Diez Céntimos." La otra pieza es un Anuncio soporte de pared para señalar los resultados del cupón de la ONCE. Procede de una antigua tienda de tejidos de las hermanas Rosa y Ana Amador de Sorbas (Almería) y ha sido donado por su sobrina Ana Rosa Fernández Amador. El cartón mide 48 x 36 cm. Lleva unos compartimentos para ir cambiando el día de la semana, la fecha del mes y los números premiados en el sorteo. La ilustración está firmada por "Useu" y la leyenda "Distribuido por Sistemas de Control. S.A." Detrás lleva marcado su precio, 5 pesetas.

La Organización Nacional de Ciegos y su cupón, vino a sacar a los ciegos del pozo de marginalidad y miseria en el que durante siglos habían permanecido. La mendicidad o trabajos, como cantar los populares "romances de ciegos", o la venta de lotería habían sido sus únicos medios de vida.

Una muestra descarnada de su situación la sacamos de un Acta del Ayuntamiento de Almería, de 1865, en la que se aprueba "...que los pobres ciegos o impedidos obtengan permiso para pedir limosna llevando una chapa de latón en el brazo con su correspondiente número y letrero que indique estar autorizado para implorar la caridad pública habiendo mandado construir treinta y una de estas..."

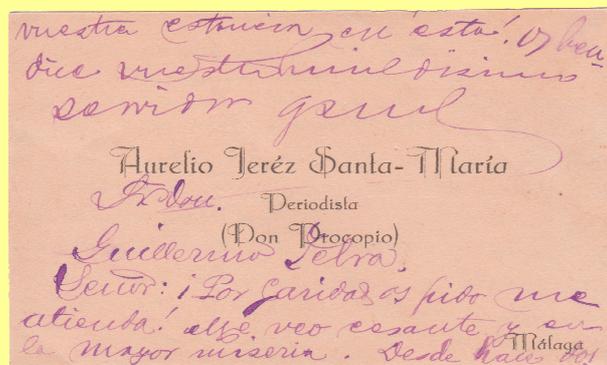
## Las Palabras Moribundas

**Óbolo:** Cantidad pequeña de dinero que se da como limosna o donativo para contribuir a un fin benéfico.

Museo de la  
Escritura Popular



## CESANTE 1921



"Sr. Don Guillermo Yebra. Señor: ¡Por caridad os pido me atienda! Me veo cesante y en la mayor miseria. Desde hace dos años que dejó de publicarse "El Regional" me veo cesante. Soy hijo del escritor Jeréz Perchet (qepd) que una calle de esta ciudad lleva su nombre y hermano de Don Augusto Jeréz Santa-María (qepd) que fue redactor jefe de la Crónica Meridional de Almería. Llevando 48 horas sin comer en unión de mi esposa e hija, niña de 18 meses, recurro a vos, señor y os pido por caridad me de su óbolo socorriéndome. Como gratitud os dedico ese trabajo que si me autorizan publicaré. ¡Dios os depare dichosa vuestra estancia en esta! Os bendice vuestro humilísimo servidor."

Tarjeta de visita respaldada del periodista Aurelio Jeréz Santa- María a Guillermo Yebra Rittwagen. Málaga 1923

## QUE SERÉ 1948

"La Palmera. Albanchez. 10 Enero 1948

El oficio de el comercio me gusta mucho por que la compra y venta de telas, quicalleria etc me gusta mucho.

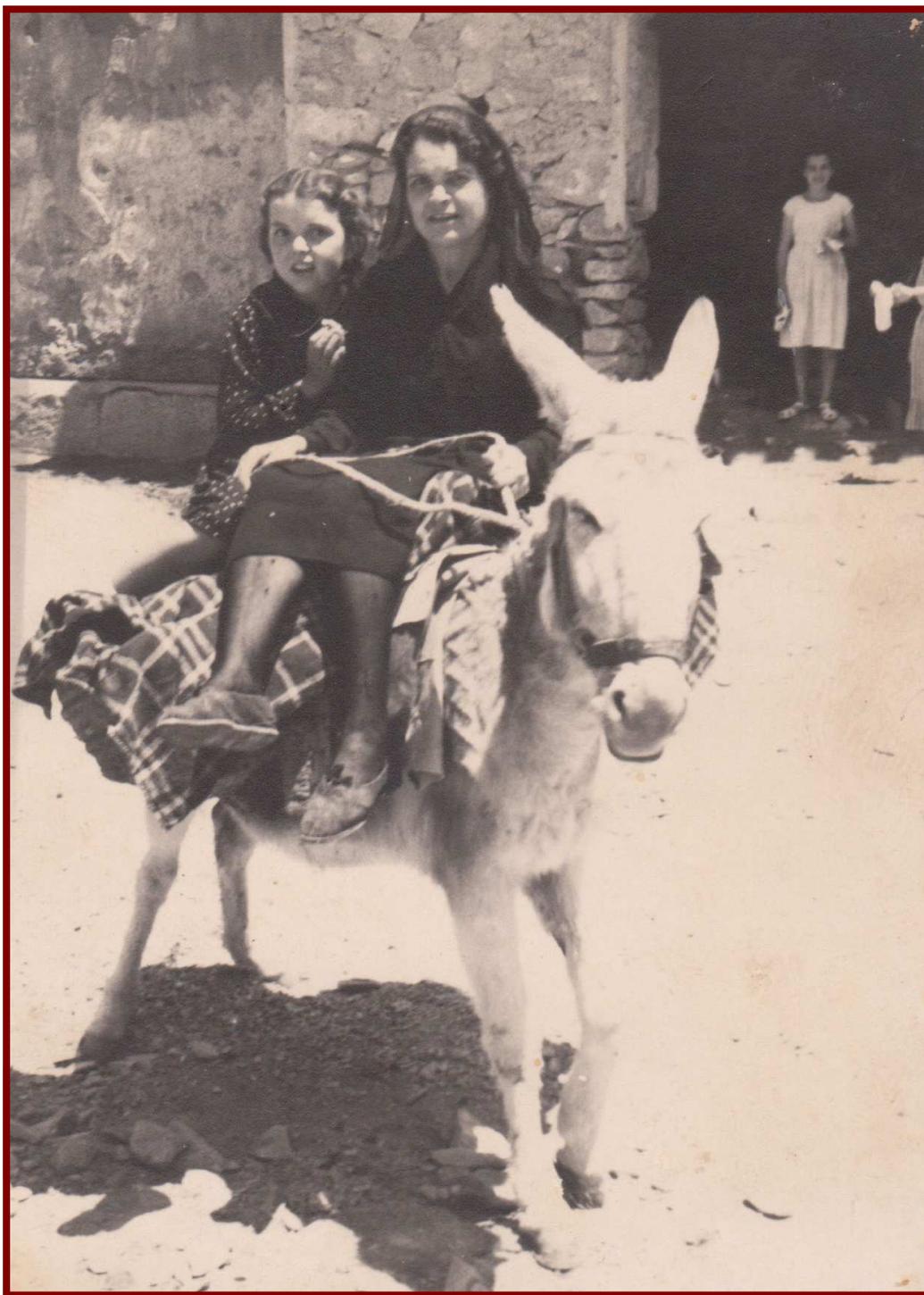
Y también me gusta la carrera de catastro pero como hay que hacer muchos dibujos y planos, y como para eso se necesita dibujar muy bien, pues yo no puedo porque no se nada.

Me gustaría también ser farmacéutico porque se trata de vender pero es que la carrera es muy larga.

La carrera de maestro me gusta porque es muy tranquila pero gana uno muy poquillo, y un padre o una madre que tenga que mantener una casa de familia vestirla y calzarla con el sueldo pelao no puede, porque como están las cosas en esta época, pues tienen que estar mal comidos vestidos y trajeados. Francisco Crisol."

Cuaderno de escuela de Francisco Crisol. La Palmera. Albanchez. 1948

## Viaje al Tiempo detenido



La imagen nos lleva a Lubrín a la década de 1950, una mujer y su hija, -de enorme parecido-, posan a lomos de su borriquilla. A su espalda, la *Fuente Abajo*, donde en primer lugar estaban los caños del agua que eran de bronce, y a continuación el lavadero por donde corría el agua. En un lugar se enjabonaba y en otro se aclaraba. Todo era de piedra. Delante del lavadero estaba la Rambla, lugar donde había mercado de ganado y camino de paso obligado para todos los que venían de anejos y cortijos. La mujer está sentada sobre el aparejo, con las piernas juntas y hacia un lado—esto era lo decoroso en las mujeres—, la niña detrás “*espatarrada en la culata del burro.*” Las aguaderas de esparto van cubiertas con un trapo largo que oculta lo que habrían comprado o iban a vender.

En cuanto a la vestimenta, destaca la mujer de luto riguroso. Su vestido, medias y zapatillas son negras y la cabeza cubierta por un velo. El luto como manifestación externa de duelo, podía ser riguroso o de alivio de luto. Por los padres y esposos se guardaba luto dos años, uno de luto riguroso y otro de alivio; por los hijos, hermanos y abuelos: medio año de luto riguroso y medio de alivio, y por los demás parientes: un mes de riguroso y dos de alivio. Estas necesidades, provocaban que muchas veces se recurriera a teñir de negro ropas y zapatos. Otras manifestaciones de luto eran no asistir a paseos, fiestas, bodas o espectáculos. También se resguardaban de ir a comprar o al lavadero en las horas de más concurrencia. Otra manifestación, era utilizar para las cartas y tarjetas de visita orla negra, más o menos ancha según la clase de luto. La fotografía se conserva en un positivo en papel fotográfico de 10 x 7 cm. Lleva el sello del fotógrafo “*Foto Ortega. Lubrín.*” y pertenece a la colección del Museo Etnográfico de Terque.

### Libro de Visitas

“*Gracias Terque, la actividad y el ejemplo que ofrecen sus Museos colma el espíritu aventurero de nosotros “Los Domingueros” llenando nuestras almas y deseos de conocimiento, recordando y viviendo el origen de nuestras raíces y enseñando a nuestro hijos, lo que fuimos, lo que somos y a donde vamos.*” Los Domingueros. 14 Mayo 2016.

### Diario de Avisos

“*Pérdida; La persona que haya encontrado un perro pachón con manchas blancas y de canela, orejas color canela, cabeza blanca, un lucero canela en la frente y que atiende al nombre de “Por qué”, hará el favor de entregarlo a su dueño don José Zea Pascual, habitante en la plaza de San Sebastián (almacén de harinas y cereales).* Además de agradecerle la entrega se le gratificará.” El Radical. Almería 28 Mayo 1910



MUSEO PROVINCIAL  
DE LA UVA DEL  
BARCO. TERQUE



CUEVA DE  
SAN JOSÉ  
CENTRO DE EXPOSICIONES  
Y CONFERENCIAS



La Modernista  
Tienda de Tejidos

